

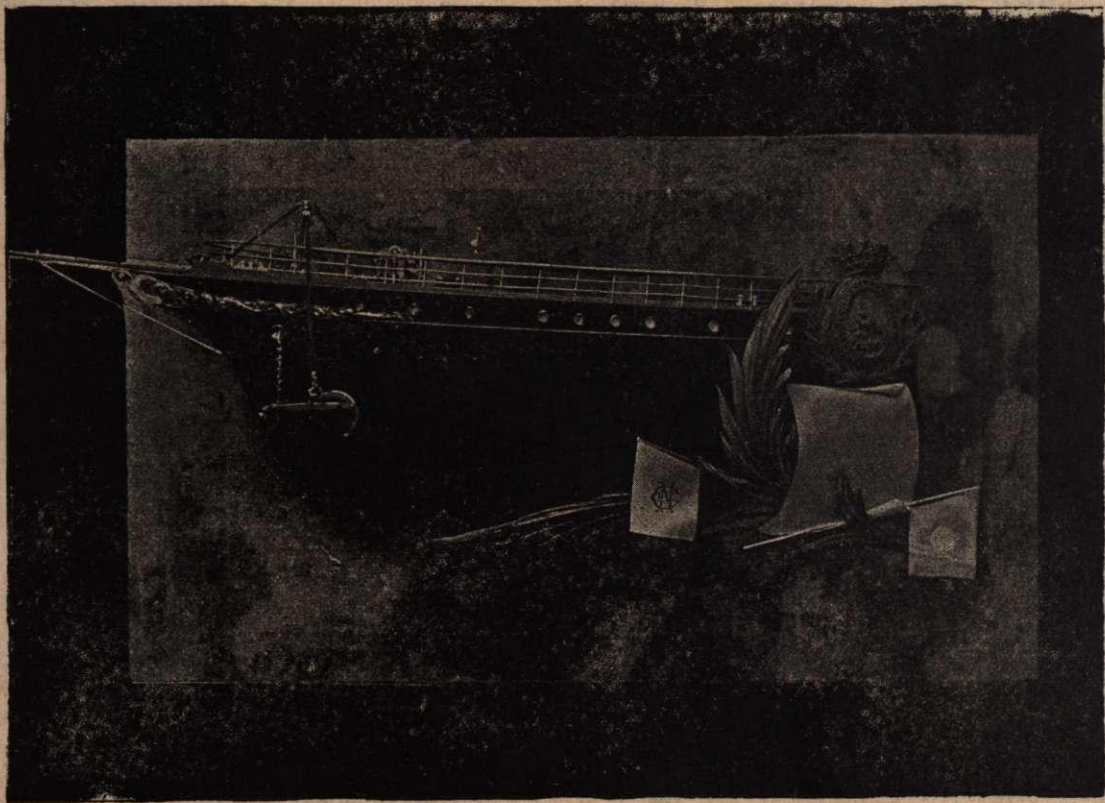
# El Cocinero

Semanario Festivo Ilustrado

*Director y Propietario: D. Roberto Bueno*

Toda la correspondencia á la Administración, Tenerife 11

OBRA DE ARTE



*Regalo de los obreros gaditanos al exministro de la Gobernación*

*Excmo. Sr. D. Eduardo Dato*

## Platitos de la Semana



Como está cercano el Carnaval, ya se han inaugurado multitud de bailes, en los cuales permiten el antifaz á las señoras y la turca á los caballeros.

Desde mucho antes de las doce de la noche ya nos encontramos por ahí grupos de máscaras del sexo femenino (al parecer), que se dirigen á los bailes, gritando como si estuviéramos en plenas carnestolendas.

A lo mejor nos reconoce una de las tapadas y se nos echa encima diciéndonos:

—¡Adiós! ¿No sabes quién soy?

—Nó—le respondemos.—Pero me figuro que no serás una marquesa disfrazada.

—Y por qué? Llevo traje de lujo.

—Se lo habrás robado á tu señora.

—¡Te prohibo que me insultes!—replica la encubierta hablando con su voz natural.—Te revelaré mi profesión si me dás el frito en *Los Tres Reyes*.

—Es inútil. Ya he conocido que eres cocinera.

—¿En qué?

—En la mata de *peregil* que llevas en el peinado!

\* \* \*

La mitad de las mujeres que frecuentan los bailes de máscaras son sirvientas que tienen *afición* á pasar la noche danzando y luego al otro día, cuando ván á la casa en donde prestan sus servicios, se duermen sobre el fogón, dejan que se achicharre la comida, y en vez de servirle al señorito el chocolate en una taza, se lo sirven en la polvera del tocador.

—¿Se ha vuelto usted tonta, Pascuala?—le dice la señora.—¿Qué modo de servir es ese? ¡El señorito ha pedido un espejo y le ha llevado usted un desollinador!

—¡Me equivoqué!

—¡Pues, que no vuelva á ocurrir ó la echo á usted á la calle!

\* \* \*

Hay criada que aprovechando un descuido de la señora, abre el ropero, saca de él un traje de lujo y se lo lleva á su casa: á la noche se lo pone para ir al baile y á la mañana siguiente lo restituye al sitio de donde lo sustrajo.

A lo mejor, á la señora se le antoja abrir el ropero y comienza á gritar:

—¡Braulia! ¡Braulia! ¿Quién ha manchado este traje de Valdepeñas?

—No lo sé, señorita, habrá sido el gato!

—¡Qué gato!—grita la infeliz señora con in-

dignación.—¿Y este antifaz que había en uno de los bolsillos? ¿Y este papel con calamares? ¿Y estas aceitunas *zapateras*?

La sirvienta se echa á llorar y acaba por arrojarse á los pies de la señora diciéndola entre sollozos y suspiros:

—¡Perdón, señorita, perdón!... Yo me he puesto el traje, pero las manchas de Valdepeñas se las echó el señorito.

—¿Pero el señorito ha estado con usted?

—Si señora, en el baile de *La Incógnita*.

M. Fernández Mayo.

## ¡PALABRA DE HONOR!

Es un santo Luis García que huye de la sociedad y en completa austeridad se pasa rezando el día.

De la conciencia los gritos le causan mil desazones, y él sujeta las pasiones burlando sus apetitos.

Si la gula traicionera con sus dulzuras le ataca y quiere carne de vaca... ¡él la come de ternera!

Cuando el vicio malhadado con su aguijón le acribilla y apetece manzanilla, ¡bebe vino amontillado!

Y ya en extremo severo empeñado en no cejar, cuando quiere trabajar... ¡pasa durmiendo el día entero!

¿Quiere un puro?... Fuma cuatro.  
¿Está intranquilo?... Reposa.  
¿Le entristece cualquier cosa?... ¡Se divierte en el teatro!

Porque asegura con calma, que entiende por cosa seria que castigar la materia es tener salvada el alma.

¡Buen medio, por vida mía de discurrir y pensar!... Yo necesito adoptar el método de García.

Lo considero preciso y lo he pensado con calma; á la par que salvo el alma me salvo de un compromiso.

Desde el mes que viene hago la experiencia si me atrevo.

¿Quiero pagar lo que debo?

¡Pues no señor, no lo pago!

Y en ensayándome un día,

si adquiero facilidad,  
tendré más austeridad  
que la que tiene García!

Poncio Pilato.

Cuentos cortos

## La desgracia



ODAS las puertas se han cerrado para el pobre Gutiérrez. La juventud, el talento, la belleza—porque Gutiérrez, alto, elegante, varonil, es un tipo perfecto de la raza—todo cuanto en el mundo da condiciones de beligerancia y constituye una defensa para la lucha por la vida, ha sido inútil á nuestro hombre, que tiene ya agotados los recursos y perdida por completo la fe en lo porvenir.

La pensión que el joven artista recibía del Ayuntamiento de su tierra, ha sido suprimida; los millonarios que solo se prendan de las grandes firmas, no compran cuadros á este pintor joven; el «restaurant» no fía, ni el sastre, ni los amigos prestan, ni la suerte ayuda de ninguna manera, ni el casero, que ha subido cien veces al estudio y ha escuchado cien veces «espérese usted un poco», está dispuesto á dar un plazo de veinticuatro horas siquiera.

Cuando «encontramos» á Gutiérrez, está el muchacho en el grado último de la desesperación y la amargura. El amanecer ha visto despierta, llena de tristeza y angustia su expresiva y simpática fisonomía de artista.

El pintor abandona su camastro, se viste, alinea con inconsciente coquetería postrera la cabeza que entusiasmará á las mujeres y envidiarán los hombres, descubre las cortinas de los ventanales del estudio: «¡Hermoso sol y hermoso día!»—exclama con sonrisa á lo Werther.—Toma sin saber lo que hace la caja de colores para las excursiones al campo, sale, atraviesa Madrid, y al cabo de una hora, con la caja de pintura colgada de la mano izquierda y con la derecha apoyada sobre el pasamanos del Viaducto, contempla la calle de Segovia; mira después el celaje, sin opacidades y sin nubes, de un día de primavera, y todo se refleja en la cara del artista que primero delata negruras de muerte y que luego refleja la belleza del sol, del cielo,

del color lujurioso que todo lo invade y lo abrillanta todo.

Y todo, con esto, ha terminado, siquiera sea por un instante. No hay amargura, ni desesperación, ni penas. Hay dicha, vida, Naturaleza que entona y vivifica, y nada más. Gutiérrez se distrae en el espectáculo. Los párpados del artista se entornan, sus pupilas absorben la luz ansiosamente y en el cerebro del pintor fijase el «apunte lleno de frescura, de colores, de radiantez, de nervio artístico con que brinda al pincel un paisaje que encanta, iluminado por la claridad de un día que alegra.

Allá arriba el cielo de un azul que «lastima»; puro, limpio, diáfano; arrojando, más que esos azules minerales de nuestras días del Norte, los carminosos de aquella atmósfera andaluza; la sierra de Guadarrama en el fondo con sus grises blancuzcos, negruzcos, azulados, ante las montañas y bajo el «firmamento», la arboleda de la Casa de Campo con lo variedad espléndida y maravillosa de sus verdes; el «veronés, los grises, los tostados, y en primer término, ya cerca del adoquinado, atrayente y fatídico, de la calle de Segovia, las casas blancas, con tonos azules á fuerza de la luz, sembradas entre la siena y el ocre del terreno...

Maquinalmente, olvidado de todo, feliz ante el paisaje, el joven abre la caja y va á echar mano á la paleta.

—¿Qué hace usted ahí? ¡Ah, usted dispense, señorito!—dice un guardia, pensando que se trata de un suicida y viendo luego que es un pintor que estudia.

Gutiérrez vuelve así á la realidad. Allí no ha ido á pintar, sino á matarse. Y repentino y rápido monta en la barandilla del Viaducto y se tira á la calle.

\*  
\*\*

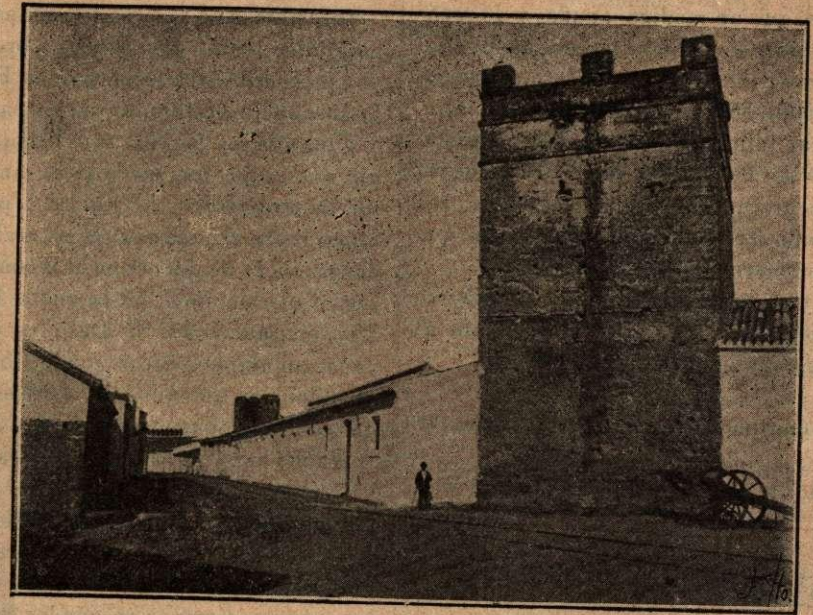
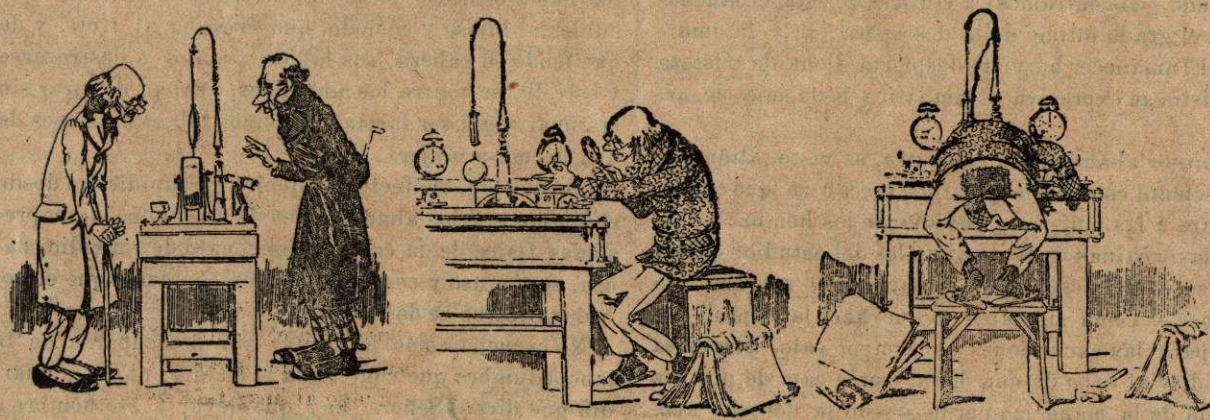
Igual que en las novelas por entregas, la marquesa dá un grito. No se dá cuenta de lo que acaba de pasarle. Atontado, medio asfixiado, medio ahogándose tampoco Gutiérrez se dá cuenta de cómo su cuerpo que iba hacia el medio de la vía, ha caído en un coche descubierto, lujoso y cómodo, que cruzaba al trote, y de que modo su cabeza, sus labios, prontos á destrozarse y estrellarse contra los adoquines, acaban de rozar sin lastimar y sin ser lastimados, unos labios hermosos de una hermosa mujer...

La emoción, el efecto de aquel viaje rapidísimo desde el Viaducto á los almohadones de un landó, las impresiones físicas de la caída y del conato de suicidio, hacen, según uso y costumbre en estos casos, que el pobre Gutiérrez se desmaye.

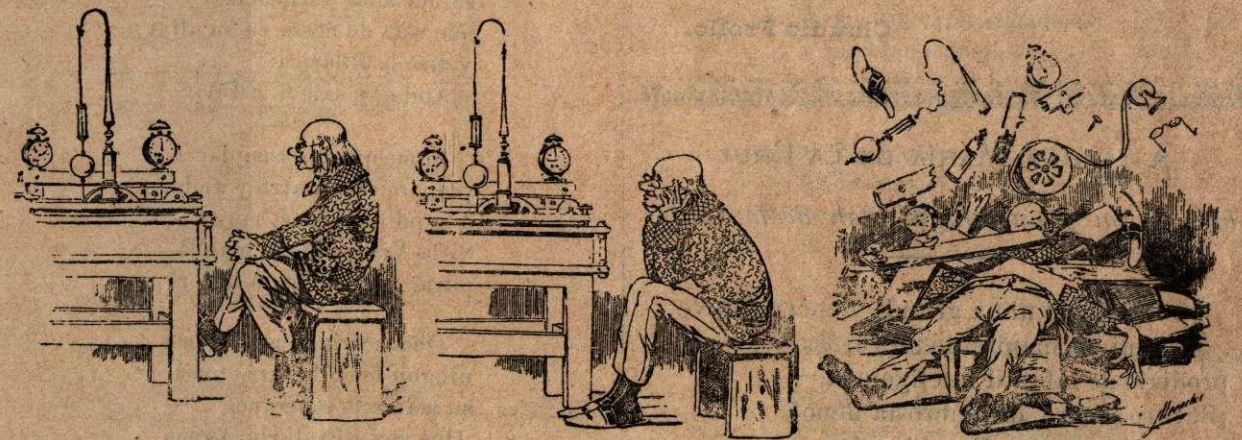
No escucha cómo la dama—sin preocuparse de la muchedumbre que contempla el cuadro, ni de un guardia que dice: «Señora, hay que llevar á ese hombre á la casa de socorro y luego al hospital ó al Juzgado»—exclama con voz imperativa: «¡A casa!»; ni percibe que los caballos parten al galope; ni siente que luego se detiene el carruaje y que unos criados le cojen, á él, á Gutiérrez y le entran en un palacio y que, ya en él,



CUADRO DE GODOY



UNA BODEGA DE JEREZ



después de oír los domésticos una orden de la dama del coche, le conducen por varias habitaciones lujosísimas á una donde le desnudan y le dejan en un lecho muy rico; ni se entera de que un médico acude y le reconoce y exclama sonriendo: «Esto no es nada. Que duerma y se le pasará.» Duerme, en efecto, el joven muchas horas, y sueña con sus amarguras inacabables, con sus tristezas infinitas, con su desesperación abrumadora, y todo lo ve entenebrecido por negros crespones que le ocultan el sol de la esperanza, sumiéndole en una noche eterna sin destellos de luz que le conduzcan por derroteros de gloria.

Al fin despierta, y al mirarse abrigado en riquísimo echo se juzga víctima de una ilusión, y pregunta al criado que en el lujoso gabinete se encuentra:

—¿Dónde estoy?

—En casa de la marquesa de X...—le responde el ayuda de cámara.

—¿No es un sueño?... ¡Yo me encontraba en el Viaducto!

—Sí, señor.

—¿Y no me arrojé á la calle de Segovia de cabeza?

—Sí señor.

—¿Y no me estrellé el cráneo contra los adoquines?

—No señor.

—¿Pues dónde caí?

—En el coche de la marquesa de X...

—¿Y quién me salvó?

—La marquesa de...

—¡Quiero ver enseguida á la marquesa!—gritó Gutiérrez, saltando de la cama y empezando á vestirse.

\*  
\* \*

Ayer, precisamente ayer, en que también hacía un bello día de sol, he visto pasar por bajo del Viaducto al mismo coche y á la marquesa y al pintor, que iba muy bien vestido, y muy dichoso, llevando entre las manos para copiar aspectos de la sierra, la paleta y la caja de colores...

Claudio Frollo.

ALA NIÑA MARÍA DE LA CRUZ

hija de mi gran amigo Juan de la Cruz

¡Oh, niña de alma grande y cuerpo breve,  
mi hermanita de nieve,  
prodigio de infantil inteligencia!  
¡Búcaro de oro, de ambrosia lleno!

La augusta Providencia;  
hará que te acompañe un angel bueno,  
mientras cruzas el mar de la existencia!

Pedro Berrantes

La Ley de Dato

Insertamos en la primera plana el fotograbado del magnífico regalo con que los obreros han obsequiado al exministro de la Gobernación D. Eduardo Dato, por la Ley sobre accidentes del trabajo, dictada por él.

Ninguna ley ha sido tan digna de aplauso y de elogio como esta, que sirve para amparar y proteger al infeliz trabajador, al hijo del pueblo, que tiene por única renta el producto de su trabajo y que cuando un desgraciado accidente en el mismo le imposibilita para seguir ejerciéndolo, halla en la hermosa y salvadora Ley, pensada por el Sr. Dato, ya en vigor en toda España, un amparo eficaz que lo libra de la miseria y el abandono en que quedaba á veces, por negligencia de un patrón egoísta y poco caritativo.

Mucho es lo que la clase obrera le debe al Sr. Dato, y aunque han sido unánimes las simpatías que el pueblo honrado que trabaja, le ha demostrado al ya popular exministro, nunca podrá pagarle suficientemente la inmensa deuda de gratitud que con él tiene; pues en los actuales tiempos en que los gobiernos todos tienden á sofocar el justo grito de protesta de los obreros, el Sr. Dato, conocedor de las necesidades de los mismos, consigne aliviárselas con la nueva ley que los protege y ampara.

Si los gobernantes todos, á imitación del Sr. Dato, mirasen y protegiesen á la clase obrera, las ideas anárquicas que hoy predominan desaparecerían en absoluto y faltarían las bendiciones y sobraría la guardia civil.

De parte de la Virgen

Despierto de mañanica;  
saludo á mi Virgencica,  
que está de fiesta en su altar,  
y dice la Pilarica:  
«¡Anda, y saluda á Pilar!

Si me quieres complacer,  
prepara el guitarro y anda.»  
Y aquí me tienes, mujer,  
Si la Virgen me lo manda,  
¡otral ¿yo que voy á hacer?

Obedecerla, que á broma  
ningún buen baturro toma  
su mandato soberano.  
¡Que voy á cantarte; asoma  
el morro por el ventano!

Si canto mal de tinor,  
de baritono pior;

conque no me formes queja  
porque te cante á la oreja  
otro que canta mejor.

Yo te canto porque quiero;  
y al oír mi copla, espero  
que *rifleciones* despacio,  
que yo no soy *Bonefacto*  
ni presumo de jilguero.

Si él hasta el cielo levanta  
las notas de su garganta,  
no he de hacer lo mismo yo.  
¡Ca uno canta como canta,  
y á él *li* pagan, y á mi no!

Tu voz, ya sé, Pilarica,  
que es más dulce que el mostillo  
¡Yo te haré una zarzuelica  
*pa* que la cantes tú, rica,  
y te haga el duo ese pillo!

Dije pillo, y no me asusto,  
que soy fuerte soy *rebusto*.  
¿No habéis de cantar.....? ¡Ridíos!  
¡Y yo bailaré de gusto  
mientras *sus* cantáis los dos!

Maña si no te enfadaras,  
diría que *paecen* ya  
tus ojos dos luces claras  
de esas que dan las *lámparas*  
de arco de *electricidá*.

Diría, *pa* concluir,  
que yo tu gracia bendigo;  
y diría, sin mentir,  
cosas que no te las digo  
porque era dar que *dicir*.

A tu gusto estás *casá*,  
á mi gusto estoy *casao*  
y no debo decir *ná*,  
porque estoy *amelonao*  
si tú estás *ameloná*.

Ya que á cantar he *vinío*  
sin *nengún* *ajeto* malo,  
no digo más, y al avío.  
¡No quiero que tu *marío*  
*me bata* al suelo de un palo!

Yo cumplí con mi deber,  
y aunque sé que has de tener  
otros presentes mejores,  
mañana, *ricoge* esas flores  
de parte de mi mujer.

¡A líos! La ocasión bendigo,

pues al echar mi coplica  
tres cumplimientos consigo:  
¡cumpla con la Pilarica,  
y cumpla con tú y conmigo!

Por un baturro que no sabe de letras,

José Jackson Veyan.

## DIFFUJERE NIVES

### I

Ya ha llegado el estío, amada mía,  
ya las últimas nieves se han deshecho...  
¿Cómo no se deshace todavía  
la nieve de tu pecho?...

### II

Se deslizó fugaz la primavera,  
con sus luces, aromas y colores,  
y ha dejado inundada la pradera  
de pájaros y flores.  
El valle, el monte, el prado y la colina  
se visten del color de la esperanza,  
y da el grillo conciertos con sordina  
mientras la noche avanza...  
Y bulle en las regiones siderales  
un enjambre de luces que yo creo  
son alumnos de escuelas celestiales  
que salen á recreo...

Ya vuelve el astro que las mieses dora;  
muere la noche al engendrar el día,  
y con la luz de la rosada aurora  
renace la alegría...

Del fuego cenital á los rigores  
se tornan amarillos los trigales,  
y comienzan los vates soñadores  
á escribir madrigales...

### III

¿Lo ves?... Llegó el verano, amada mía;  
ya las últimas nieves se han desecho...  
¿cómo no se deshace todavía  
la nieve de tu pecho?...

Carlos Miranda.

## CANTARES

¿Cómo quieres que te quiera  
con ese cariño ciego...



## EN SANTA CECILIA



El concierto vocal é instrumental celebrado en la noche del m3rtes pr3ximo pasado en obsequio á los Sres. socios y favorecedores de la Real Academia Filarm3nica de Santa Cecilia result3 por dem3s interesante y favorecido de numeroso y selecto p3blico.

El escogido programa ejecutado en todas sus partes, nada dej3 que desear.

La Rapsodia húngara de Litz primer n3mero de la segunda parte, gust3 sobre manera, pudiéndose afirmar que fu3 lo m3s aplaudido, con ser muchísimos los aplausos que justamente se prodigaron durante la velada.

Las ejecutantes D.<sup>a</sup> C3rmen Jimenez de Coll, Srtas. Rosa Adam, Teresa Colomer, C3rmen Pisson, Gloria Vild3sola y los profesores Sres. R. G3ndara Aguirre y Galvez, hicieron maravillas llenando su cometido de manera admirable y demostrando una vez m3s la altura á que se encuentran en el difícil Arte de Mozart.

Otras de las obras que m3s aplaudi3 el p3blico y con verdadero entusiasmo, sin duda por el inter3s que nos inspira cuanto de entre nosotros sale para elevarse fueron los Walses "Elisa" para cuatro pianos, ó cuatro manos que ejecutaron las mismas Srtas. y Sres. arriba mencionados.

El autor de tan hermosa obra musical es nuestro querido amigo, tan modesto como buen artista y de excepcionales talentos, D. Fernando Garc3a de Arbolea.

La velada en fin, fu3 deliciosa mereciendo elogios y pl3cemes en general cuantos al mayor lucimiento de la misma contribuyeron.

L.

## UN HÉROE ANÓNIMO

Había en Madrid un buen hombre de larga fecha cesante, el cual era muy miedoso; más con un miedo tan grande, que del rasgo que ahora cuento se desprenden las señales.

Se encontraba en situación de dinero, harto alarmante sin tener más que ponerse para salir, que un mal traje.

Apesar de aquella crisis no se separ3 un instante de un pistol3n que tenía sin querer abandonarle, por temor á que una noche llegara alguno á robarle.

Acostumbraba á ponerla bajo el colch3n de su catre, por tenerla m3s á mano en caso de alg3n combate. Colg3 una noche su ropa y se dispuso á acostarse y apenas así lo hizo, se crey3 que allí había alguien,

pues su mismo pantal3n que acababa de colgarle en una percha que había á los pi3s de su mal catre, le pareci3 un criminal dispuesto ya á asesinarle.

Alborot3se el buen hombre dando gritos á la calle, sin que su grito infernal fuese escuchada por nadie.

Se revisti3 de valor, coji3 aquel pistol3n grande, y sin decir «allá vá» y temiendo lo matasen, dispar3 en la direcci3n que estaba colgado el traje.

Volvi3 á gritar y por fin vi3 que venía á auxiliarle corriendo sin saber como, el sereno de su calle.

El ladr3n reconocido con precauciones bastantes, se vi3 el traje agujereado y presentando señales de que dos mil perdigones atravesando sus carnes, lo dejaron imposible de poder servir á nadie.

Y ese hombre dice á todo el que llega á visitarle, que por matar á un ladr3n salir no puede á la calle.

A. ALCAIDE.

## DISCURSO TRISÍCLEO

COPIAMOS DEL DIARIO DE CÁDIZ:

«El desinteresado afecto, la gratitud bi3n sentida y el entusiasmo por los ideales; hé aquí *las ruedas sobre las que marchaba* la magnífica peroraci3n del sabio catedrático»

(Yo soy el que subraya)

Y hé aquí *las ruedas sobre que marcha* nuestro periodismo, en Cádiz.

¡Oh, el *sport*, hasta en los oradores!

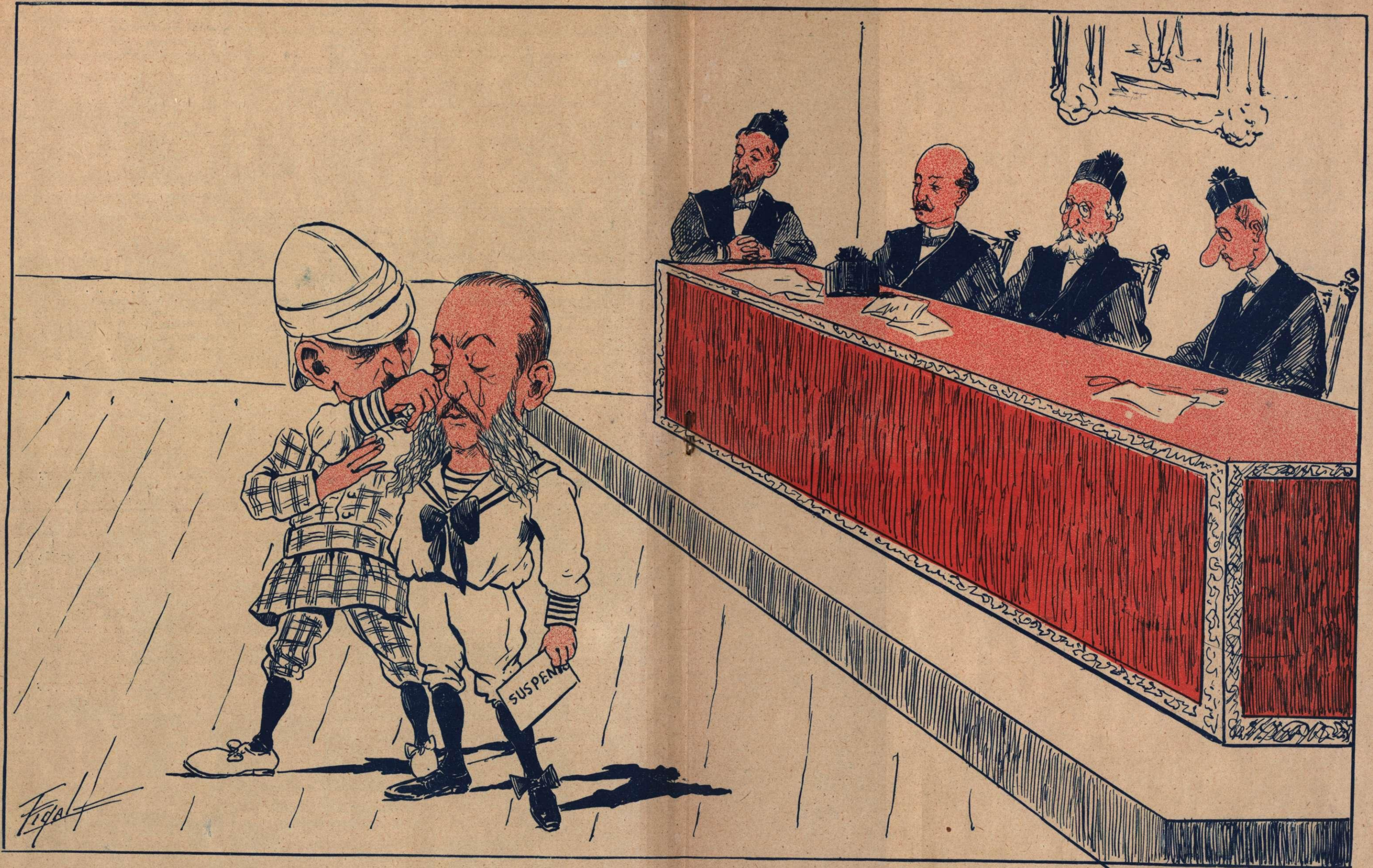
## Epigrama

Dijo el Doctor á Librada:  
—Vengo de ver á D. Cleto,  
su esposo, y no tiene nada.  
Y ella exclam3 consternada.  
—¡Ay Doctor, guarde el secreto!

S. L.

# EL COCINERO

NOTA POLÍTICA



¡Suspensol ¡Suspensol —Pero Miguelito hijo, lo has hecho tan *malitamente* que no podías obtener otra nota.

CUENTOS VIEJOS

En un pueblo de la sierra se anunció con mucho bombo, un gitano que decía sugestionaba á los toros, hablándoles al oído unos instantes tan solo; pero con tal maña y arte, que fieros ó mansos todos los cornúpetos quedaban á su discreción y antojo, alelados ó dormidos, á gusto del auditorio.

Caso tan extraordinario y nuevo, como era lógico, gran expectación produjo; y en un local apropósito cedido por el Alcalde, que era tan necio y curioso como liberal y franco, mujeres, viejos y mozos, con entusiasmo febril y afán desmedido y loco, improvisando con gruesas estacas ruedo anchuroso, prepararon la experiencia de tan extraño fenómeno.

Lleno el local susodicho que era un corral espacioso, por un público impaciente que demostraba su gozo con bestiales alaridos y otros varios desahogos, dió principio el espectáculo saliendo á la arena un toro de gran pujanza y bravura á juzgar por los destrozos que causó en la empalizada con riesgo del auditorio.

El gitano del corral en el centro, temeroso no sin razón y mirando al berrendo de reojo, buscaba en su mente un medio para salir bien y pronto de aquel grave compromiso; pues era pingüe el negocio, y había aquello de decir, lo hago, y á Roma por todo.

Pero por su desventura eterna quizás, el toro, sin dejarle resolver problema tan peligroso, de improviso, y con la furia del mismísimo demonio, hizo por él, volteándole de mil diferentes modos dejándole al fin desnudo y hecho un ovillo en el polvo.

De pitos y carcajadas se armó un estruendo espantoso; y el gitano al escuchar aquel salvaje alborozo, á medias incorporándose;

—¡Sois unos solemnes porros!—  
esclamó lleno de ira,  
volviéndose al auditorio:

—¿Pues que, tengo yo la culpa,  
de que ese bicho sea sordo?—

FERNANDO ORTEGA Y G. DE ARBOLEYA.

CUENTO

En el pueblo Ciruelos de Cervera villa de unos trescientos diez vecinos, era alcalde en la fecha de mi cuento Justo Puyana, labrador riquísimo.

Del Gobierno Civil recibió un día el alcalde Puyana, referido, (que era, dicho de paso un alcornoque,) un imperioso y terminante oficio, pidiéndole los cuartos que adeudaba bajo pena de ser destituido.

El bueno de Puyana, que en su vida *estas cosas más gordas había visto*, temiendo contestar un disparate que la vara pusiera en un conflicto, al momento llamó á su secretario que era el *aperador* de su cortijo.

—*Mia tu Silvestre*, que me encuentro *apurao*, en un grande compromiso.

El gobierno me *pie* unos *ineros* que no *pueo* mandá; pero es *preciso* contestá con *finura* este *papé* que de la *gente* aquella hé *recibío*, yo tengo que *jasé* y dije al punto; pues llamaré á Silvestre que es *mu* listo y él lo contestará mientras que yó *vóime* á coser la *albarda* del *borrico*.

—*Pus ná vengá er papé* que yo, ya *entiendo* er modo de *tratá á señoricos* y el oficio se puso á contestar tal como á mis lectores lo transcribo:

"*Cirulo 27 de Setimbre*  
del año *miochocientochentaí cinco*  
*Señó* gobernáo desta *provinsia*  
*Errecivio* eloportuno *ficio*  
queme manda V. *ayé* paque le mande  
er dinero que *pie*, y *zientoicirlo*;  
*peroeneste momento que me esqrive*,  
no *tingo niuna mota eperochico*;  
*puslos poquiyos fondo caquiavía*  
*toititos perotó zanzozumio*  
en *pajarale* alos *proves muzipales*  
que *pendendestemimo munizipio*

Como *quid sotavía noz covrao*  
lo *cuartos quemadudan losarvitros*  
*lesupligo á V. queme dispenze*,  
*sies que pué jacerlo asta er domingo*,  
que ya *mavrán pagao los propetarios*  
questán bajo mi *bara enel destrito*.

*Sinotra nohea querre ferirle*,  
que dió lo *guarda osté batante siglo*."

Puyana lo leyó, y dijo al punto:

—*Está mu bien*, Silvestre; está *manífico*;  
una *partilla* tiene *mu* pequeña.

—¿Una *farta*? —Que está mal *escribíó*;  
pero eso no le *jasé*. Y escribiendo:

"*Elarcarde daquí*:"

*Juto Poyino*"